



Jesús

rostro de la Misericordia
CAMINA Y CONVERSA
CON NOSOTROS EN Madrid

Carta Pastoral del Arzobispo de Madrid
+ Carlos Osoro Sierra

Edita:
Arzobispado de Madrid
C/ Bailén 8, 28071 Madrid

Imprime:
Diario ABC

Imagen de portada:
Los discípulos de Emaús.
Mosaicos de Marco Ivan Rupnik en la capilla del Santísimo.
Catedral Santa María la Real de la Almudena.

Jesús, rostro de la Misericordia, camina y conversa con nosotros en Madrid

«Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: “¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?”. Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: “¿Eres tú el único forastero de Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?”. Él les dijo: “¿Qué?”. Ellos le contestaron: “Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron”. Entonces él les dijo: “¿Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No

era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en la gloria?”. Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos le apremiaron, diciendo: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída”. Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y le reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”. Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: “Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón”. Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan».

Lc 24, 13-35

INTRODUCCIÓN

1. Este año damos comienzo al Plan Diocesano de Evangelización, que persigue que todos los cristianos que formamos parte de la Iglesia que camina en Madrid descubramos, abiertos a la acción del Espíritu Santo, lo que el Señor quiere de nosotros. En el título mismo del Plan expresamos sus objetivos: *Comunión y Misión en el Anuncio de la Alegría del Evangelio*. *Comunión, misión, anuncio y alegría* son cuatro sugerentes palabras que tenemos que llenar de contenido y de vida en este momento de la Historia en el que hemos de anunciar a Jesucristo y hacerlo creíble. La Iglesia lo sabe. «Tiene viva conciencia de que las palabras del Salvador se aplican con toda verdad a ella misma: “es preciso que anuncie también el reino de Dios en otras ciudades”. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda»¹. ¡Qué fuerza adquiere para todos nosotros saber que «la evangelización también debe contener siempre –como base, centro y, a la vez, culmen de su dinamismo– una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios!»².

El Plan Diocesano de Evangelización está diseñado para un período de tres años. Cada curso tendrá sus propias conclusiones y se tomarán decisiones para el futuro. El desarrollo del plan será así: **1^{er} año (2015-2016)**: *La conversión pastoral para una transformación misionera de la Iglesia en Madrid*; **2^o año: (2016-2017)**: *Desafíos, retos, tentaciones y posibilidades para la evangelización hoy en Madrid*; **3^{er} año (2017-2018)**: *El pueblo de Dios que vive en Madrid anuncia el Evangelio y trata de dar respuesta a los problemas personales y sociales que hay en nuestro mundo*. Haremos la reflexión con la metodología de la *lectio divina*: mirando al cielo, escuchando lo que Dios nos dice en su Palabra, y contemplando en la tierra las situaciones que viven los hombres y las mujeres.

¹ EN 14

² EN 27

2. Necesitamos para hacer creíble el anuncio de Cristo «la conversión pastoral». Ciertamente nos pide muchas cosas, pero hay una sin la cual es imposible realizarla: precisamos tener la valentía de no clausurar nuestra vida en los propios intereses. Urge que demos y dejemos espacio a los demás. Somos para darnos y no para reternernos en nosotros mismos. Por ello, tenemos que dejar espacios para escuchar a Dios y para percibir la alegría que alcanza nuestra existencia cuando nos dejamos invadir por su amor. Es su amor incondicional el que nos invita a hacer siempre el bien y regalar lo que hemos recibido. Hemos de tomar conciencia clara de que la Iglesia, «nacida por consiguiente de la misión de Jesucristo, es a su vez enviada por Él. La Iglesia permanece en el mundo hasta que el Señor de la gloria vuelva al Padre. Permanece como un signo, opaco y luminoso al mismo tiempo, de una nueva presencia de Jesucristo, de su partida y de su permanencia. Ahora bien, es ante todo su misión y su condición de evangelizador lo que ella está llamada a continuar»³. ¡Qué tarea más extraordinaria! Pero nunca se podrá realizar esta misión si no asumimos la urgencia de «la conversión pastoral para una transformación misionera de la Iglesia», el conocimiento de «los desafíos, retos, tentaciones y posibilidades para evangelizar hoy», y el compromiso de que «el pueblo de Dios que vive en Madrid anuncie el Evangelio y trate de dar respuesta a los problemas personales y sociales que hay en nuestro mundo». Todo ello nos está pidiendo «comunidad y misión en el anuncio de la alegría del Evangelio».

3. He titulado la carta pastoral así: *Jesús, rostro de misericordia, camina y conversa con nosotros en Madrid*. ¿Por qué este título en el primer año del Plan Diocesano de Evangelización? La explicación es sencilla. Deseo entregaros una reflexión pastoral-sapiencial que tiene como trasfondo el texto de los discípulos de Emaús. Quiero que nos ayude a descubrir «las claves de una verdadera conversión

³ EN 15

pastoral y de la transformación misionera» que solo provoca el encuentro con Jesús. La gran provocación que debemos acoger es la que el Beato Pablo VI proponía en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*: «Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: “he aquí que hago nuevas todas las cosas”. Pero la verdad es que no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos, renovados por el bautismo y viviendo según el Evangelio. La finalidad de la evangelización es, por consiguiente, este cambio interior. Si hubiera que resumirlo en una idea, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos»⁴. Para ello, es necesario el encuentro personal con Jesucristo de todos nosotros. Él hace posible la verdadera conversión pastoral que nos lanza sin miedo a la transformación misionera. Como dice el Concilio Vaticano II: «Toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a su vocación. [...] Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene necesidad»⁵.

⁴ EN 18

⁵ UR 6

1. IBAN CAMINANDO: SALIR AL ENCUENTRO DE LOS HOMBRES COMO PEREGRINOS, NO SOMOS VAGABUNDOS

4. El comienzo del texto evangélico tiene para mí una importancia capital: «Aquel mismo día, dos de ellos, iban caminando a una aldea». Estar en el camino, en el mismo por donde transita la humanidad, es esencial. En ese camino nos encontramos con los hombres y las mujeres en la situación real en la que viven, en su, a veces dramático, contexto existencial. Los discípulos iban con un destino, a un pueblo. Muy a menudo, el problema de muchos seres humanos hoy es que se ponen a caminar, pero no saben a dónde van. El ser humano tiene necesidad de tener una meta, aunque sea pobre o mediocre. En este caso, era así: iban de camino, pero acompañados por la desolación y la desesperanza. Tenían meta, pero carecían de una perspectiva ilusionante.

5. Los discípulos de Jesucristo tenemos que salir al mismo camino por el que deambulan nuestros contemporáneos. Es un imperativo del Señor: «Id por el mundo y anunciad el Evangelio». Hay que salir, entre otras cosas, porque «evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad: “He aquí que hago nuevas todas las cosas”»⁶. Adentrarse en el camino de los hombres es no perdernos ningún *rincón* o situación en la que pueda estar cualquier ser humano, por compleja que resulte. Solo el que me acompaña incluso en el camino de la oscuridad, la soledad y la muerte, es el verdadero y sumo pastor⁷. Por eso, no podemos conformarnos con estar con los de siempre, con los que ya son como nosotros. Hay que salir al encuentro de las más diversas situaciones humanas y tratar de curar sus heridas y aliviar su dolor. Nuestras hermanas y hermanos han de encontrar a través de nosotros el alivio y la salud que solamente Jesucristo regala. Si únicamente estamos con los que viven, piensan, sienten y hacen como nosotros,

⁶ EN 18

⁷ SS 6

haremos un *grupo estufa* en el que estaremos muy a gusto, pero no seremos portadores de la Buena Noticia de Jesucristo en el corazón y en los distintos ambientes en que se desenvuelve la vida de las personas. Ponernos en camino es la actitud cristiana fundamental. Jesucristo nos convoca siempre a ponernos en marcha: «Id por el mundo y anunciad el Evangelio». Ese *id* es un imperativo que nos urge a salir.

6. ¿Qué significa salir al camino para nosotros? ¿Se trata solo de ir a zonas geográficas cada día más extensas o de llegar a poblaciones cada vez más numerosas? Ciertamente habrá que salir y hacerlo, pero siempre con la vida del Señor, sintiendo que somos la Iglesia de Cristo y que nuestra única misión es la que Él mismo nos ha regalado. Sabernos prolongadores de su misión es esencial para que esta salida no la hagamos por cuenta propia, sino con la Iglesia, en la Iglesia y desde la Iglesia: «Despojaos del hombre viejo y de su anterior modo de vida, corrompido por sus apetencias seductoras; renovaos en la mente y en el espíritu y revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas»⁸. Se trata de salir a los caminos por donde transitan los hombres para «alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación»⁹. En el fondo, se trata de salir al encuentro con el mundo, a todos los caminos y situaciones para vivir como dice san Pablo: «Porque habéis muerto, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. [...] En consecuencia: dad muerte a todo lo terreno que hay en vosotros, [...] ahora, en cambio, deshaceos también vosotros de todo eso: ira, coraje, maldad, calumnias y groserías, ¡fuera de vuestra boca! ¡No os mintáis unos a otros!: os habéis despojado del hombre viejo, con sus obras, y os habéis reves-

⁸ Ef 4, 22-24

⁹ EN 19

tido de la nueva condición que, mediante el conocimiento, se va renovando a imagen de su Creador, donde no hay griego y judío, circunciso e incircunciso, bárbaro, escita, esclavo y libre, sino Cristo que lo es todo, y en todos»¹⁰.

7. No se trata de hacer una nueva decoración del camino de los hombres. No es un nuevo barniz que damos a la vida y a la historia de la humanidad. Más bien consiste en penetrar con la fuerza del Evangelio en la raíz misma de su vida y de las fuerzas que están organizando la Historia y la cultura. Se trata de responder con todas las consecuencias al desafío que planteaba el beato Pablo VI: «la ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo, como lo fue en otras épocas»¹¹. Salir al camino y dar testimonio es primordial, lo cual no quiere decir que no exista la necesidad de un anuncio explícito. Pero el testimonio es esencial como lo fue en los primeros momentos de la Evangelización. «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros lo hace porque son testigos», afirmaba asimismo el Papa. Así ha sido siempre. En la Iglesia primitiva, los cristianos provocaban preguntas interpeladoras: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué nos hacen el bien sin pedirnos nada a cambio? ¿Por qué son tan felices? ¿Por qué viven tan alegres si tienen los mismos padecimientos que nosotros? ¿Por qué no tienen miedo? ¿Por qué aman sin condiciones? ¿Por qué consideran a todos de la misma manera? ¿Por qué se dicen y viven como hermanos de todos los hombres? Todo vivido desde la discreción y el silencio, pero con tal claridad e intensidad que, querámoslo o no, la Buena Nueva se manifiesta.

¹⁰ Col 3, 3-11

¹¹ EN 20

2. EN EL CAMINO, ¿QUÉ OCUPACIONES, CONVERSACIONES Y PREOCUPACIONES TENEMOS?

8. La vida de los hombres en esta humanidad globalizada manifiesta que los hombres y mujeres de nuestro tiempo viven y tienen muchas ocupaciones, muy diferentes preocupaciones y sus conversaciones son muy variadas. Pero aun así, sale el Señor en su búsqueda. Él quiere encontrarse con todos, que a nadie le falte la experiencia del rostro de la misericordia, del amor incondicional que solo Dios muestra. Y la Iglesia sale al camino y se tiene necesariamente que dirigir sin vacilaciones a todos los hijos de la Iglesia y a todos los hombres y mujeres. Tiene ante su mirada a la gran familia humana, con su inmensa riqueza y sus limitaciones. Por ello no es de extrañar que el Concilio Vaticano II dijese que «El gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo y no hay nada verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón»¹². A mí siempre me han impresionado unas palabras del Señor que tienen una actualidad inmensa. La Iglesia afirma que no la mueve ninguna ambición, pues solo pretende continuar, bajo la acción del Espíritu Santo, la obra de Jesucristo que vino a este mundo para dar testimonio de la verdad. ¡Qué diálogo más hondo tiene el Señor con Pilato en el momento cumbre de su vida, cuando se estaba jugando todo por la humanidad! Recordemos ese diálogo: «Pilato le dijo: “Entonces, ¿tú eres rey?”, Jesús le contestó: “Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo; para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz”. Pilato le dijo: “Y ¿qué es la verdad?”»¹³. Aquí el Señor manifiesta la gran tarea de la Iglesia al servicio de todos los hombres: acercar la Verdad. Es una Persona, no una idea, es Jesucristo, camino, verdad y vida. En lo profundo del ser humano está inscrita esa verdad, pues hemos sido creados a *imagen y semejanza de Dios*. Somos hechura en la verdad. Siguen existiendo muchos hombres y mujeres en este

¹² GS 1

¹³ Jn 18, 37-38

mundo que desconocen la verdad, están en la misma situación que Pilato: tienen ante sí a la Verdad, no la saben reconocer, y le preguntan a Jesucristo «y ¿qué es la verdad?».

9. Por otra parte, impresiona que las aspiraciones de Cristo sean las mismas de la Iglesia en el camino de los hombres. Hemos de tener sus mismas ocupaciones, preocupaciones y conversaciones. Estas son sus palabras: «Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él»¹⁴. Como nos dice el Papa Francisco, «Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret»¹⁵. En el camino de los hombres, nos encontramos con cambios profundos y hondas transformaciones de la vida. Se acelera la Historia y se ha modificado el ambiente cultural y social y los modos de pensar. La inteligencia humana quiere dominar el pasado y pretende enseñorearse también del futuro. Aumenta la civilización urbana, se extiende la sociedad industrial y de la información digital. Los medios de comunicación contribuyen al conocimiento de todos los acontecimientos de un modo rápido. Estamos mucho más informados que nunca. Los cambios psicológicos, morales y religiosos son también evidentes. Sin embargo, la injusticia y el sufrimiento siguen haciendo estragos. «La globalización nos hace más cercanos, pero no más hermanos», decía Benedicto XVI¹⁶. Una de las tragedias más actuales y significativas, por la que seremos juzgados, es que muchas personas se ven obligadas a desplazarse a causa de la persecución religiosa, la violencia o la búsqueda de mejores oportunidades y tienen que dejar sus familias, su historia y su cultura y no encuentran sino puertas cerradas y corazones endurecidos como respuesta.

10. En este contexto de mutaciones históricas, negar a Dios o prescindir de Él aparece a veces como un verdadero progreso e incluso como un cierto nuevo humanismo. A estos caminos tenemos que salir todos los discípulos de Cristo como Él mismo lo hizo: «Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de

¹⁴ Jn 3, 17

¹⁵ MV 1

¹⁶ CV 19

serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación. [...] Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre. [...] La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en el anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino misericordioso y compasivo»¹⁷. La cuestión fundamental hoy, como decían san Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco, es la crisis antropológica. En el fondo, la gran pregunta que late en toda esta situación nueva que vive la familia humana es: ¿qué y quién es el hombre? En ella están contenidos los interrogantes más profundos del hombre. La respuesta necesariamente trasciende al ser humano. Solo Cristo Redentor revela plenamente el hombre al mismo hombre¹⁸.

11. Por eso, la Iglesia cree con todas las consecuencias que Cristo, muerto y resucitado, por la acción del Espíritu, da luz y fuerzas al hombre para que pueda responder a su auténtica vocación. ¿Cuál es su vocación verdadera? La llamada radical al amor hace que el ser humano sea auténtica imagen de Dios: es semejante a Dios en la medida que ama. Y somos esa imagen en la medida que lo amamos. Como nos dice el profeta Isaías: «te he creado a mi imagen y semejanza. Yo mismo soy el amor, y tú eres mi imagen en la medida en que brilla en ti el esplendor del amor, en la medida en que me respondes con amor». Solamente somos grandes unidos a Dios. En la medida en que nos apartamos de Dios o Él desaparece de nuestra vida, perdemos la dignidad divina, se difumina el esplendor de Dios en nuestro rostro y nos convertimos en un producto de una evolución ciega y sin horizonte que se puede usar y abusar. Al ser humano no se le puede comprender plenamente, tanto en su interioridad como en su exterioridad, mientras no reconozcamos su apertura a la trascendencia. No tengamos miedo. Salgamos al camino de los hombres con el mismo amor de Dios que sana, pregunta, responde y elimina prejuicios. Salgamos como el Señor, no para juzgar sino para dar vida y salvar.

¹⁷ MV 1, 3 y 10

¹⁸ RH 10

3. IBAN CAMINO DE EMAÚS, ¿DÓNDE ESTÁ NUESTRO EMAÚS?

12. ¡Qué belleza tiene el mensaje de Emaús! Siempre me impresionó ese encuentro de Jesús con los dos discípulos de Emaús. Dicho encuentro tiene una significación especial. Es la manifestación más honda de que la persona, en el camino de su vida, necesita de Dios. Sin Él, el ser humano es un desconocido para sí mismo y no conoce la verdadera realidad de los demás. El Concilio Vaticano II, en todas sus constituciones y declaraciones, nos ha mostrado cómo la Iglesia, y por supuesto todos los cristianos, hemos podido alcanzar una conciencia mucho más clara, profunda y completa del misterio de Cristo. Y de lo que supone que, en Cristo y por Cristo, Dios se ha revelado plenamente a la humanidad y se ha acercado definitivamente a ella. Por otra parte, en esta cercanía al ser humano, el hombre ha conseguido algo definitivo: tomar plena conciencia de su dignidad, de la máxima elevación a la que ha sido llevado, nada más ni nada menos que a la altura de Dios mismo. La cercanía de Cristo, por Cristo y en Cristo, revela el valor trascendental de la propia humanidad y del sentido pleno que tiene su existencia. Por eso, Emaús está allí donde hay un ser humano; ahí se acerca Jesucristo para revelar al hombre quién es y a qué está llamado.

13. Siempre me han gustado mucho unas palabras de san Pedro Poveda, porque entiendo que ahí está la razón evidente de la necesidad de que todo ser humano llegue a conocer y a encontrarse con el Señor. Tanto me agradan y me sugieren, que desde que soy sacerdote las tengo enmarcadas en un cuadro y en todos mis cambios van conmigo. Dicen así: «Los hombres y las mujeres de Dios son inconfundibles. No se distinguen porque sean brillantes ni por lo que deslumbran, ni por la fortaleza humana, sino por los frutos santos, por aquello que sentían los apóstoles en el camino de Emaús cuando

iban en compañía de Cristo resucitado a quien no conocían, pero sentían los efectos de su presencia»¹⁹. Todos los caminos del hombre son Emaús. En todos puede encontrarse con el Señor. En todos puede experimentar los efectos del encuentro con Él. Así será capaz de participar en la misión que Dios mismo ha encomendado al hombre. «Jesucristo es principio estable y centro permanente de la misión que Dios mismo ha confiado al hombre»²⁰. Todos los seres humanos estamos llamados a esta misión. ¿Hay dificultades para realizarla hoy? ¿Existe oposición para que pueda llevarse a cabo tal misión? Seamos discípulos misioneros. Urge tal misión, hay que hacerla sin dilaciones. Todo ser humano la necesita. Hay que revelar a Cristo al mundo y es importante que ayudemos a todos los hombres y mujeres para que se encuentren a sí mismos en Él.

14. Lo que san Pablo urgía para sí, debemos hacerlo nuestro hoy: «A mí, el más insignificante de los santos, se me ha dado la gran riqueza de anunciar a los gentiles la riqueza insondable de Cristo; e iluminar la realización del misterio, escondido desde el principio de los siglos en Dios, creador de todo. [...] Por eso, doblo las rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra, pidiéndole que os conceda, según la riqueza de su gloria, ser robustecidos por medio de su Espíritu en vuestro hombre interior; que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento; de modo que así, con todos los santos, logréis abarcar lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, comprendiendo el amor de Cristo, que trasciende todo conocimiento»²¹. Salimos como discípulos misioneros a un mundo muy plural, pero con una gran necesidad de verdad en su vida y en la existencia de los hombres. Salgamos al encuentro de todas las culturas, de todas las concepciones ideológicas. Anunciamos la alegría del Evangelio a todos los hombres de buena voluntad. Lo haremos como el apóstol san Pablo nos enseña: con una estima

¹⁹ Poveda y Castroverde, Pedro (2005): *Obras completas I: Creí, por eso hablé*, Narcea Ediciones. pg. 262

²⁰ RH 11

²¹ Ef 3, 8-9 y 14-19

profunda ante lo que nos encontramos en los hombres y en la diversidad de caminos que recorren. No lo olvidemos: antes de llegar nosotros, ya fueron visitados por Dios. El Espíritu también ha obrado en ellos, porque «sopla donde quiere». En el camino de Emaús, que es cualquier camino por donde van los hombres, Jesucristo, una vez más, sale a su encuentro y dice –nos dice– estas palabras: «si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres»²².

15. Allá donde se encuentre el ser humano, «Jesucristo se hace presente con la potencia de la verdad y del amor. Se han manifestado irrepitiblemente en Él como plenitud única, por más que su vida en la tierra fuese breve y más corta aún su actividad pública»²³. Salgamos a Emaús como Nuestro Señor Jesucristo. La Iglesia no puede abandonar al hombre en ningún lugar en el que se encuentre, tiene que ir en su búsqueda. La elección, la llamada, el nacimiento y la muerte, la salvación o la perdición, están unidas estrecha e indisolublemente a Cristo. Precisamente por esto, el hombre es el camino primero de la Iglesia. Recorramos gozosamente nuestro particular camino de Emaús.

²² Jn 8, 31-32

²³ RH 13

4. EN ESTE MOMENTO DE LA HISTORIA, EN MADRID, TAMBIÉN EL SEÑOR NOS PREGUNTA: «¿QUÉ CONVERSACIÓN ES ESA QUE TRAÉIS MIENTRAS VAIS DE CAMINO?»

16. Es muy importante que nos dejemos cuestionar por el Señor sobre la conversación que nosotros, los hombres y mujeres de los comienzos del siglo XXI, tenemos. Ante esta pregunta aparecen entre nosotros las mismas situaciones y se producen las mismas reacciones que en los discípulos de Emaús: 1) La tristeza y el desaliento que les embarga: «ellos se detuvieron con aire entristecido»; 2) La extrañeza ante la pregunta: «¿eres tú el único forastero de Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?», y 3) La evidencia de la situación que les embarga: «Él les dijo: “¿Qué?”. Ellos contestaron: “Lo de Jesús el Nazareno”». Entremos por un momento en lo que tienen de verdad en nuestra vida estos tres aspectos que surgen a raíz de la pregunta que les hace, y nos hace a nosotros, Jesús.

4.1. Reacción de tristeza y desaliento que les embarga: «ellos se detuvieron con aire entristecido»

17. Nuestra pregunta debiera de ser esta: ¿se puede salir entristecido a anunciar a Jesucristo? ¿No es una contradicción? Las dificultades existen. Unas vienen de dentro, de nosotros, de otros como nosotros que no ven salidas. Otras vienen de fuera, de la realidad misma, porque a menudo nuestro mensaje entra en contradicción con el modo de pensar y de vivir del ambiente que nos rodea. ¿Creemos en la fuerza del Evangelio? El Papa Francisco nos indica que la nueva etapa pastoral tiene que estar centrada en «la alegría de evangelizar». Nos dice así: «En esta exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría e indicar nuevos caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años»²⁴.

²⁴ EG 1

18. Hemos de estar convencidos de la alegría que provoca siempre la Buena Noticia. En la encíclica del Papa Francisco *Lumen fidei*, nos mostró «la alegría de la fe» que, con su belleza, ilumina el camino de la vida en la noche oscura²⁵. Tenemos que asumir en lo más profundo de nuestro corazón esta dicha. Nuestra misión como cristianos ha de realizarse desde la alegría de anunciar a quien es el Camino, la Verdad y la Vida. Las dificultades no pueden oscurecer el camino de la alegría del Evangelio. Ya el beato Pablo VI nos decía: «Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas»²⁶. No tienen cabida los evangelizadores tristes y desalentados, impacientes y ansiosos. Solo caben quienes han recibido en sí mismos la alegría de Cristo y en todas las circunstancias saben entregarla y hacerla experimentar a quienes tienen a su lado.

19. Todos los cristianos, también en Madrid, hemos de vivir «la dulce y confortadora alegría de evangelizar»²⁷. Y lo tenemos que hacer juntos, ayudándonos los unos a los otros, unas comunidades cristianas a otras, en todos los aspectos que tiene que vivir una comunidad seguidora del Resucitado. No nos detengamos en sucedáneos, en intereses personales o de grupo que nos dividen, en ideologías que estropean nuestro encuentro con la radicalidad de la persona de Jesucristo. La alegría del Evangelio siempre sale al paso de esa tristeza individualista que divide y rompe la comunidad, de esa tristeza que engendra críticas despiadadas que nada construyen y destruyen la comunión. La manera de que no nos invada esa tristeza es situarnos en la lógica de la donación del amor que da vida. Es la lógica que tan bellamente expresa el apóstol san Pablo: «El amor de Cristo nos apremia»²⁸ y «¡Ay de mí si no evangelizara!»²⁹. «La alegría del Evangelio que llena la comunidad de los discípulos es una alegría misionera»³⁰.

²⁵ LF 47 y 57

²⁶ EN 80

²⁷ EN 80

²⁸ 2 Co 5, 14

²⁹ 1 Co 9, 16

³⁰ EG 21

4.2. Reacción expresada en la extrañeza de la pregunta: «¿Eres tú el único forastero de Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?»

20. Le hacían la pregunta al protagonista, al mismo Cristo, que sabía muy bien lo que había pasado. En su Resurrección está también el triunfo del hombre y de todo lo creado. Es de ese triunfo del que tenemos que hablar. Por él tenemos que salir a visitar a todos los hombres y mujeres en todas las situaciones en las que se hallan. Los cristianos hemos de entrar en la nueva etapa de la evangelización de siempre. ¡Ánimo! ¿Qué quiero decir al hablar de esta *nueva etapa*? Mantener el compromiso ineludible de testimoniar con entusiasmo y convicción la propia fe; ese entusiasmo y convicción que nace del encuentro con Jesucristo, de una Iglesia que sabe de la responsabilidad que tiene ante el mundo de ser un signo vivo, claro, fuerte, evidente del amor del Padre, de su misericordia entrañable, tal y como se lo ha mandado Jesucristo. ¿Cómo hacer posible esto?

21. Tanto san Juan XXIII como el beato Pablo VI nos lo dicen con absoluta nitidez: «En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad. [...] La Iglesia católica, al elevar por medio de este Concilio Ecu­ménico la antorcha de la verdad católica, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella»³¹. Por otra parte, «la antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio. [...] El Concilio ha enviado al mundo contemporáneo en lugar de deprimentes diagnósticos, remedios alentadores; en vez de funestos presagios, mensajes de esperanza, [...] toda esta riqueza doctrinal se vuelca en una única dirección: servir al hombre. Al hombre en todas sus condiciones, en todas sus debilidades, en todas sus necesidades»³².

³¹ GME 2 y 3

³² Discurso de Pablo VI durante la última sesión pública del Concilio Vaticano II

4.3. Reacción de evidencia de la situación que les embarga: «Él les dijo: “¿Qué?”. Ellos le contestaron: “Lo de Jesús el Nazareno”»

22. De alguna manera el relato que hacen sobre Jesús reconoce que les ha acompañado durante tres años alguien muy especial. Ellos han sentido en su presencia algo que no saben explicar, pero reflejan haberlo vivido con intensidad: que fue profeta poderoso en obras y palabras; que sus palabras iban acompañadas de obras; que su poder lo manifestó ante Dios y ante todo el pueblo; que nunca escondió nada; que fue por todos los lugares manifestando con palabras y signos quién era. Pero, al mismo tiempo, los discípulos reconocen cómo lo entregaron para que lo condenaran a muerte y lo crucificaran y cómo esto lo hicieron en su presencia y sin abrir la boca, más bien escondiéndose. Por otra parte, constatan lo que ellos realmente esperaban de Jesús, a pesar de todas las manifestaciones que había realizado en su presencia. Él no colmó las expectativas de poder y triunfo que ellos tenían. Sin embargo, están con el corazón encogido ante los rumores que les llegan de su Resurrección, del sepulcro vacío, de la aparición de ángeles que dicen que está vivo.

23. El anuncio del Evangelio surge de la iniciativa primera de Dios y depende del primado de su gracia, del «primado del don del amor de Dios». Esa evidencia nos debería embargar y hacer arder nuestro corazón. No podemos entender la tarea de anunciar la alegría del Evangelio como si fuésemos unos héroes entregados de lleno a esta tarea de una manera personal y voluntarista. Se trata más bien de una respuesta al reclamo primero que nos hace Nuestro Señor. Por eso incluso nuestra entrega generosa es toda ella obra del Señor que actúa en nosotros. Nuestro Señor es el primer y más grande evangelizador. ¿Damos en nuestro trabajo protagonismo a quien lo

tiene, que es siempre Dios? ¿Asumimos como gracia el que nos haya llamado a colaborar con Él? ¿Pasamos tiempos largos dedicados a escuchar a quien inspira, orienta y nos acompaña en esta tarea, a la que Él por pura gracia nos ha llamado?

24. Hemos de estar convencidos de que sin el Señor no hacemos nada. La Iglesia sale verdaderamente a los caminos de los hombres, cuando lo hace convencida de que quien va primero y delante es Jesucristo mismo. Como Iglesia del Señor, hemos de reconocernos como *discípulos misioneros* que sabemos que el Señor es quien ha tomado la iniciativa. Él es quien nos amó primero y también el primero que se puso en camino y va delante de nosotros. Ha querido involucrarnos en su misión, nos acompaña, hace posible que fructifique lo que hacemos en su nombre y que seamos capaces de festejar la evidencia de su amor y de su gracia. Seamos atrevidos, no sintamos miedo, tengamos iniciativa, vayamos al encuentro de los hombres y mujeres en todas las situaciones en las que se encuentren. Tengamos la audacia de buscar a los que están más lejos, hagámonos los enconradizos, busquemos todos los medios posibles para que, a través de nosotros, Jesucristo se acerque a sus vidas. Igualmente debemos salir a las periferias y a todos sus caminos, también a las sendas por las que no transitan más que los excluidos. No aspiremos a ser mucho más que *siervos inútiles* de Nuestro Señor. Me agradó de una manera especial la intervención que tuvo el Papa Benedicto XVI en la XIII Asamblea General del Sínodo de Obispos. Decía: «Es importante saber que la primera palabra, la iniciativa verdadera, la actitud verdadera, viene de Dios y solo si entramos en esta iniciativa divina, solo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también ser –con Él y en Él– evangelizadores»³³.

³³ Meditación en la I Congregación General de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos

5. ES BUENO QUE EL SEÑOR NOS SIGA DICIENDO: «¡QUÉ NECIOS Y TORPES SOIS PARA CREER!»

25. Tenemos que ser valientes y escuchar al Señor desde lo más profundo de nuestro corazón para oírle decir: «¡qué necios y torpes sois para creer!». En verdad, lo somos. Nuestra fe en Jesucristo, único salvador del hombre, la hemos recibido de Dios sin el concurso de méritos personales. Por ello, con todas las fuerzas hemos de hacer nuestras las palabras certeras de san Pablo que nos recuerdan que la fe es un don: «Pues no me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree, primero del judío y también del griego. Porque en él se revela la justicia de Dios de fe en fe, como está escrito: el justo por la fe vivirá»³⁴. Me impresionan las vidas de los santos y, muy especialmente, de los mártires, ya que en estos se manifiesta cómo dieron la vida para testimoniar aquello por lo que vivían: su fe en Jesucristo, el Hijo de Dios reconocido por sus discípulos. ¡Qué bueno es poder escuchar al Señor hoy también esas palabras tan llenas de amor: «qué necios y torpes sois para creer!»! Necios y torpes para entender que la Iglesia nunca podrá dejar de proclamar algo esencial en su misión: que Jesús ha venido a revelar el rostro de Dios. Y lo hace en su plenitud, mediante la cruz y la resurrección, regalando la salvación a todos los hombres.

26. Por eso, precisamente, no podemos estar como aquellos discípulos con los que Jesús se encuentra. Andaban de retirada, iban de camino a Emaús, se encontraban frustrados, todas sus expectativas estaban anuladas. De alguna forma, huían. No entendían que su vida, su manera de estar en el mundo, de vivir junto a los demás era un problema de fe en Cristo y de su amor por nosotros. Y es que no habían entendido al Señor; habían visto en Él a alguien extraordinario, pero nada más; alguien que les habría llevado al poder de este mundo, pero poco más. Su muerte en la cruz les había dejado sin

³⁴ Rm 1, 16-17

horizontes, incluso humanos, y estaban tristes, desalentados, instalados en la desesperanza. Hace poco titulaba una carta pastoral «¡Qué nos pasa para no saber lo que nos pasa!». En esa tesitura se encontraban los discípulos y, a veces, también nosotros. Ellos, como nosotros, no se habían abierto al amor del Señor, verdadera liberación de todo hombre. Solo el Señor nos hace verdaderamente libres, nos quita toda clase de ataduras y alienaciones y nos impide que nos desviemos por falsos atajos que nos perjudican y dañan a los que nos encontramos por el camino. Solamente Jesucristo nos libera de la esclavitud del mal, del pecado y de la muerte.

27. San Pablo tiene expresiones muy felices, que manifiestan todo lo que sucede en el ser humano cuando nos abrimos al amor de Dios. Deseo que las meditéis y saquemos las consecuencias los que por pura gracia creemos en Jesucristo y somos miembros vivos de la Iglesia «porque nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos»³⁵. En otro lugar señala que «Él es nuestra paz, el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad. Él ha abolido la ley con sus mandamientos y decretos, para crear de los dos, en sí mismo, un único hombre nuevo, haciendo las paces. Reconcilió con Dios a los dos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en él, a la hostilidad. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros los de lejos, paz también a los de cerca. Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre por medio de él en un mismo Espíritu. Así pues, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino ciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios»³⁶. Ciertamente aquí tenemos la respuesta: ¿para qué la misión y el anuncio de Jesucristo? No caigamos en la tentación de *secularizar la salvación*. El ser humano, reducido a la dimensión horizontal, tiene necesidad

³⁵ 2 Cor 5, 14-15

³⁶ Ef 2, 14-19

de escuchar a Jesús que nos sigue diciendo «¡qué necios y torpes sois para creer!». Sabemos que Jesús vino a traernos la salvación integral, la que abarca al hombre entero y nos abre al horizonte admirable de ser hijos de Dios; en el Hijo de Dios tenemos la novedad absoluta de una vida a la que están llamados todos los hombres y mujeres sin excepción.

28. Pongamos en el centro de nuestra existencia aquello que expresa el Concilio Vaticano II en la *Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual*: «La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento; pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor; y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su Creador»³⁷. De ahí el mandato del Señor de anunciar a todos los hombres la Buena Nueva que es el mismo Jesucristo. Salir es una necesidad. Con el testimonio de vida, con obras y palabras, sabiendo que hoy hay muchos que no perciben esa unión íntima y vital con Dios e incluso la rechazan. Tengamos la seguridad de que el mensaje cristiano conecta con los deseos más profundos del corazón humano y hagámoslo creíble con nuestra vida. «Realmente, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. [...] Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente al hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación, [...] urgen al cristiano la necesidad y el deber de luchar contra el mal con muchas tribulaciones y también de padecer la muerte; pero asociado al misterio pascual, configurado con la muerte de Cristo, fortalecido por la esperanza, llegará a la resurrección, [...] Cristo murió por todos y la vocación última del hombre es realmente una sola, es decir, la vocación divina»³⁸.

³⁷ GS 19

³⁸ GS 22

6. TRES EXPERIENCIAS FUNDANTES PARA TODO SER HUMANO: «¿NO ERA NECESARIO QUE EL MESÍAS PADECIERA Y ENTRARA ASÍ EN LA GLORIA?», «QUÉDATE CON NOSOTROS PORQUE ATARDECE»

29. Os invito a todos los cristianos y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad a participar en esto que llamo *tres experiencias fundantes*. De ellas nos habla el Señor como habló a los discípulos de Emaús en el camino cuando les dijo así: «y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras»³⁹. Es necesario que la Palabra de Dios sea la base de nuestra existencia. El texto nos invita a un triple dinamismo: 1) *Darse*: «Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando»; 2) *Abrir los ojos*: «A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron»; 3) *Ardor y pasión por anunciar*: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».

6.1. *Darse*: «Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando»

30. ¡Qué fuerza adquieren las palabras del Papa Francisco cuando nos dice que la Iglesia es «una madre de corazón abierto»! La Iglesia, que sale a todos los caminos como lo hizo Nuestro Señor Jesucristo, lo hace con las puertas abiertas, buscando a todos los hombres, queriendo llegar a todas las periferias. Y lo quiere hacer con el mismo rumbo y sentido que lo hizo Jesucristo: mirando, escuchando, estando al lado, acompañando, esperando. Como nos pedía el Papa Francisco, hagámoslo con signos concretos, como tener las puertas de nuestros templos abiertas. Mantengamos también las puertas de nuestros corazones de par en par. Seamos prudentes, pero sobre todo seamos audaces. Las puertas de la Iglesia no se abren solamente para los perfectos, sino que, en ese *darse*, se pone de manifiesto que no hay cerrojos y que todos pueden entrar y encontrar a quien de verdad les ama, que es Jesucristo.

³⁹ Lc 24, 27

31. En este sentido, ¡qué fuerza tiene para nosotros el que el Señor invite a los discípulos de Emaús a sentarse a la mesa! La Eucaristía es el centro, el vértice de toda la vida sacramental. A través de ella, cada cristiano recibe la fuerza salvífica de la Redención. ¡Qué maravilla! Por voluntad del mismo Jesucristo, el misterio del sacrificio que Él hizo de sí mismo, dando toda la vida por salvar a todos los hombres, ese sacrificio que hizo en el altar de la Cruz y que fue aceptado por el Padre. Se realizó la entrega total del Hijo y se nos regaló el don de la vida nueva e inmortal en la resurrección. ¡Qué intercambio más admirable! ¡Qué nuevo destino y horizonte para el ser humano! Y todo se hizo desde el *darse*. En efecto, el Señor mismo nos revela que todo ser humano está creado para *darse* no para *retenerse*. Una vida entregada para que todos los hombres tengan Vida y la tengan en abundancia.

32. En la Eucaristía acogemos y unimos nuestra vida a Cristo terrestre y celestial que intercede por nosotros ante el Padre. Nos unimos siempre por medio del acto redentor de su sacrificio. ¡Qué fuerza tiene descubrir en la Eucaristía el valor que Dios mismo atribuye al ser humano! «Y no os pertenecéis, pues habéis sido comprados a buen precio»⁴⁰. El precio de la redención nos muestra el valor que Dios mismo atribuye al hombre y nos revela la dignidad que alcanzamos en Cristo, de tal manera que llegamos a ser hijos de Dios, que es el título más grande que tenemos atribuido. Con él, nos hacemos y somos hermanos todos los hombres. ¿Os imagináis lo que tiene que ser para nosotros la celebración de la Eucaristía, la adoración del Cuerpo entregado y de la Sangre derramada, el vivir en esa comunión con Jesucristo? En la Eucaristía se expresa la verdad de nuestro ser. La Iglesia vive de la Eucaristía y la Eucaristía construye la Iglesia. Perseverar en la vida eucarística hace que no olvidemos las dimensiones reales en las que nos sitúa: Sacrificio, Comunión y Presencia. En la Eucaristía las contemplamos con claridad al participar de la Muerte y Resurrección de Cristo.

⁴⁰ 1 Cor, 6, 20

6.2. *Abrir los ojos: «A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron»*

33. ¿Os dais cuenta de lo que significa para los discípulos de Cristo abrir los ojos? Es tener la mirada de Cristo. Una mirada que no escamotea nada de lo que existe. Una mirada que no es inquisitiva sino henchida de amor. Dios nos mira con amor y ternura infinitos. Contemplar la mirada de Cristo en los encuentros que relata el Evangelio pone de manifiesto que esa es la mirada que tenemos que incorporar urgentemente a nuestra vida como discípulos misioneros. ¿Os habéis preguntado alguna vez por qué Dios se ha hecho hombre? La respuesta está ciertamente en la Palabra misma de Dios, pero hay una expresión de san Ireneo que nos lo aclara: «El Verbo se ha hecho dispensador de la gloria del Padre en beneficio de los hombres. [...] Gloria de Dios es el hombre que vive y su vida consiste en la visión de Dios»⁴¹. La gloria de Dios se revela en la mirada de amor que tiene Dios sobre el hombre y que se revela en Jesucristo. En el Evangelio de san Juan se nos dice cómo es la mirada de Dios manifestada en Cristo: «Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él»⁴². Por tanto, el amor es la razón última de la encarnación de Cristo. ¡Qué bien lo decía Hans Urs von Balthasar! Dios «no es, en primer lugar, potencia absoluta, sino amor absoluto, cuya soberanía no se manifiesta en tener para sí mismo todo lo que le pertenece, sino en abandonarlo»⁴³. Yo añado: y en hacer partícipe a todos los hombres de ese amor. La contemplación de Dios en el pesebre es la evidencia más clara y tangible de que es Dios-Amor.

34. *Abrir los ojos* y mirar al ser humano con la mirada de Jesucristo. Tengamos valentía para hacerlo. No tengamos miedo. No caigamos

⁴¹ San Ireneo: *Adv. Haer.* IV. 20, 5-7

⁴² Jn 3, 16-17

⁴³ Von Balthasar, Hans Urs: *Mysterium paschale* I. 4

en la tentación de mirar con otros ojos. Busquemos medios y momentos que alimenten el encuentro con los demás y el mirarles directamente a los ojos antes de contemplar sus situaciones y pecados. Mirarles como Cristo les mira. Busquemos aquello que alimente nuestro compromiso con todos los hombres, especialmente con los más pobres. Nuestra pasión por evangelizar ha de ir acompañada por el imperativo de mirar la realidad con los ojos misericordiosos de Cristo. Tengamos la confianza de que otras miradas nos ideologizan, producen desencanto, ocultan la identidad cristiana, precipitan el juicio y ahogan la alegría misionera. La mirada de Cristo no busca espacios de poder, ni se aferra a seguridades económicas, ni persigue vanaglorias humanas. Tengamos la valentía de probar a tener la mirada de Cristo. Y para ello cultivemos espacios en donde miremos cara a cara al Señor y nos dejemos mirar entrañablemente por Él.

35. El ser humano no es una mónada, una entidad aislada y solitaria que vive solo para sí misma. Las personas hemos sido creadas con los demás, vivimos con los demás y, solo estando con los demás, entregándonos a los otros, encontramos vida. Pero esa entrega será plena cuando nos hagamos conscientes de que la imagen de Dios está impresa en la vida de todos; cuando nos pongamos a tiro del horizonte irresistible de la gracia, cuando miremos a todos con el mismo amor de Dios. Solo en él se hace verdad que la gracia y la fuerza de Dios se manifiestan en la debilidad. El ser humano se valoriza poniéndose en relación con los otros y con Dios, y mirando la realidad con los ojos de Cristo. Solo cuando el Señor les abrió los ojos y puso en ellos los suyos lo reconocieron y el miedo se tornó en alegría desbordante.

6.3. *Ardor y pasión por anunciar: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»*

36. Como nos dice el Papa Francisco, «el bien siempre tiende a comunicarse. Toda experiencia auténtica de verdad y de belleza busca por sí misma su expansión, y cualquier persona que viva una profunda liberación adquiere mayor sensibilidad ante las necesidades de los demás. Comunicándolo, el bien se arraiga y se desarrolla»⁴⁴. Esta fue la experiencia de los discípulos de Emaús mientras escuchaban a Jesús por el camino. Su corazón ardía, estaban acogiendo lo que llenaba su vida y saciaba todas sus expectativas. Todo lo que habían vivido tenía su razón y su explicación en Jesús. Lo habían reconocido al partir el pan, envueltos en el misterio de la Eucaristía, en el que Jesús les invita a vivir en su contemporaneidad, la vida, la muerte y la resurrección. El misterio pascual se hace contemporáneo y presente para ellos en la fracción del pan. De ahí su expresión «¿no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Ahora han visto la realidad de lo explicado por el camino. Pero el ardor se convierte en pasión por dar a conocer lo que han vivido «sentados a la mesa con el Señor».

37. Escuchemos al apóstol san Pablo: «De modo que nosotros desde ahora no conocemos a nadie según la carne; si alguna vez conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así. Por tanto, si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo»⁴⁵. Por eso puede decir con tanta fuerza: «El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo. No tengo más remedio y ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio! Si yo lo hiciera por mi propio gusto, eso sería mi paga. Pero si lo hago a pesar mío, es que me han encargado este oficio. El oficio de ser testigos de Jesucristo lo tenemos todos los discípulos de Jesús, todos somos discípulos misioneros»⁴⁶. Nuestro corazón tiene que arder por ese amor que nos

⁴⁴ EG 9

⁴⁵ 2 Cor 5, 16-17

⁴⁶ 1 Cor 9, 16-17

regala el Señor dando su vida por nosotros y llamándonos a ser, en medio del mundo, rostros vivos de su presencia, de su amor y de su misericordia. ¡Cuánto necesitamos esta hermosa noticia! Si os dais cuenta, cada día todos los medios de comunicación social nos cuentan el mal y nos vamos acostumbrando a cosas horribles, que nos hacen insensibles y nos intoxican con lo negativo. Tanto es así que nuestro corazón se endurece y nuestros pensamientos se tornan oscuros. ¿No habéis caído en la cuenta de lo que sucedió cuando la Santísima Virgen María marchó a casa de Isabel? Aquel encuentro daba otras noticias, las daba de luz, de alegría, de vida, de futuro, de dicha. María, llena de Dios, hace saltar de gozo y alegría a un niño que aún estaba en el vientre de su madre Isabel. Por otra parte, Isabel prorrumpe en reconocer que la dicha y la felicidad del ser humano está en dejarse llenar por Dios. Recordad las palabras de Isabel a María: «Bienaventurada la que ha creído, porque lo que ha dicho el Señor se cumplirá»⁴⁷.

38. Madrid somos todos los que vivimos en esta ciudad. Cada uno de los que la habitamos contribuimos a su vida, a su clima moral, para el bien y para el mal. Por nuestro corazón pasa siempre la frontera de lo bueno y de lo malo. Por otra parte, nadie debe sentirse con derecho a juzgar a los demás; más bien, cada uno de nosotros debe sentirse con el deber de mejorarse a sí mismo. No seamos espectadores sino intérpretes, protagonistas, actores en la construcción del bien. Como nos dice el Señor, uno solo es Bueno: demos rostro humano con nuestra vida a Jesucristo. Cada uno desde la vocación a la que hemos sido llamados, pero todos descubriendo que nuestra vocación es al Amor, realizada en cada uno de nosotros por caminos diversos, pero todos mostrando a Jesucristo. No seamos cuerpos que pierden alma y se convierten en cosas, en objetos sin rostro, que se mutan en intercambiables y consumibles. Contagiamos y globalicemos el amor de Jesucristo; que cambie los corazones, que a todos nos hace necesarios, que crea la cultura del encuentro y que elimine todo atisbo de cultura del descarte.

⁴⁷ Lc 1, 45

7. SALGAMOS AL CAMINO PARA ANUNCIAR A JESUCRISTO, ÉL NOS ACOMPAÑA, NOS ANIMA Y NOS ALIENTA CON LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO

39. Ser discípulos misioneros significa amar a Dios con todo nuestro ser hasta dar, si es necesario, la vida por Jesucristo. ¡Cuántos cristianos, sacerdotes, miembros de la vida consagrada y laicos han dado y están dando en este tiempo que nos toca vivir, en muchas latitudes de la tierra, el supremo testimonio de amor con el martirio! Ser discípulos misioneros es asumir la espiritualidad del *buen samaritano*. Ese hombre o mujer que sale a los caminos de esta historia, que se acerca a todos sin distinción, con una atención especial a los que más heridas tienen, a los más distantes. Y tiene la misma sensibilidad y modo de vivir que nos enseña Jesús cuando en la parábola del buen samaritano nos muestra su propio rostro y nos invita a que este sea también el rostro del discípulo misionero: 1) no pasar de largo; 2) bajarse de la cabalgadura; 3) acercarse a quien está herido; 4) mirarlo con los ojos de Jesús; 5) curarlo con el aceite que lleva (bondad, misericordia, como si fuese Dios mismo el que está tirado); 6) levantarlo, ponerlo como una persona, en posición vertical; 7) prestar la propia cabalgadura, acomodarlo para el viaje y situarse él en la incomodidad; 8) buscar un lugar donde se reponga y lo cuiden; 9) poner a disposición de quien lo asiste sus bienes, y 10) no desentenderse, volver por si necesita algo más.

40. Como Jesús, que comunica vida, así somos los discípulos de Jesucristo. Comunicamos vida, entregamos su amor, regalamos su presencia. Me han impresionado unas palabras del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM): «La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás. El Evangelio nos revela

que un cuidado enfermizo de la propia vida atenta contra la calidad humana y cristiana de esa misma vida. Se vive mucho mejor cuando tenemos la libertad interior para darlo todo: “Quien aprecie su vida terrena, la perderá” (Jn 12, 25). Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión»⁴⁸ y en eso consiste ser discípulos misioneros.

41. Después de todo lo que vengo diciendo, no es difícil entender que el auténtico celo misionero, que es el compromiso primero de toda la Iglesia, va íntimamente unido a la fidelidad al amor de Dios manifestado en Cristo. Y esto es válido para todos los cristianos. Fieles al amor. Sin esta experiencia del amor de Dios es difícil entender la misión y la pasión por anunciar a Jesucristo. Precisamente esta conciencia de misión común en toda la Iglesia es la que toma fuerza en la generosa disponibilidad de todos los discípulos de Cristo para realizar obras de promoción humana y espiritual, que testimonian aquello que el Papa san Juan Pablo II nos decía: «El alma de toda actividad misionera: el amor, que es y sigue siendo la fuerza de la misión, y es también el único criterio según el cual todo debe hacerse o no hacerse, cambiarse o no cambiarse. Es el principio que debe dirigir toda acción y el fin al que debe tender. Actuando con caridad o inspirados por la caridad, nada es disconforme y todo es bueno»⁴⁹.

42. En esta salida al camino, tienen una importancia fundamental las familias cristianas como *iglesias domésticas* y primera comunidad cristiana, las parroquias, los carismas religiosos, los movimientos apostólicos y las asociaciones cristianas. La familia tiene que ser el primer lugar de iniciación cristiana. Es escuela de comunión, amor, perdón, vida, entrega y generosidad. Seamos creativos a la hora de trabajar con las familias; pero que esta creatividad nazca de la fuerza que tiene el Evangelio en el modo de entender y de ver la familia.

⁴⁸ Documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida, 360

⁴⁹ RM 60

Seamos observadores y contemplemos la Familia de Nazaret. Hagamos ver a los padres cómo los hijos tienen derecho a contar con el padre y la madre para que, lo mismo que les dieron vida, les abran a todas las dimensiones que tiene la persona humana, especialmente a la trascendente. ¡Cuánto me gustaría que en la familia cristiana se desarrollasen los oratorios y las catequesis del Buen Pastor! Hagamos un esfuerzo por implantarlos. No seamos solo hombres y mujeres dolidos, desesperanzados y negativos ante la situación por la que pasa la familia; adelantemos y demos remedios y medicinas para la alegría, la esperanza, el descubrimiento de la belleza de la familia. Alentemos en las parroquias un movimiento de familias cristianas. Ayudemos a que la familia, unida a la parroquia, sea espacio de iniciación cristiana y auténtica *iglesia doméstica*.

43. Por otra parte, la parroquia, nos decía el Papa Francisco, «no es una estructura caduca; precisamente porque tiene una gran plasticidad, puede tomar formas muy diversas que requieren la docilidad y la creatividad misionera del Pastor y de la comunidad»⁵⁰. ¿Qué parroquia deseamos hoy? Deseo recordar aquí el ejemplo que ponía san Juan XXIII sobre la parroquia, «era como la fuente del pueblo». Viendo una fuente pública que hay frente a mi casa, he comprendido mejor que la parroquia ha de ser como una fuente abierta día y noche: a la fuente que yo veo vienen a todas horas gentes muy diversas, de lejos y de cerca; unos toman agua con las manos, otros con otros recipientes, otros se ponen bajo el chorro, otros meten los pies en la pequeña piscina en la que cae el agua. Todos van a la fuente, cada uno se acerca al agua como puede y necesita. Pero lo más importante es que de la fuente está brotando agua día y noche. Y es la misma agua para todos. Es cierto que hay otras instituciones de evangelización, pero la parroquia es la iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas⁵¹. Hagamos de las parroquias presencias reales y vivas de la Iglesia en un territorio, con

⁵⁰ EG 28

⁵¹ ChL 26

iglesias abiertas, donde se proclame la Palabra, donde se pongan todos los medios necesarios y diversos para atender las sensibilidades y las situaciones de cada uno para que crezca la vida cristiana. Ámbito de encuentro, corresponsabilidad laical y diálogo, espacio de acogida exquisita a los pobres. Lugares desde los que se sale para anunciar a Jesucristo donde viven los hombres; donde se desborda el amor del Señor con una caridad generosa y difusora del buen olor de Cristo, donde la adoración se vive y donde, si se puede, es permanente. Lugares en los que la celebración es exquisita en su preparación y en su cuidado. Donde todos tienen cabida y en donde las actividades evangelizadoras, en todos los órdenes y para todos, se fomentan. Para ello, pongamos un cuidado especial en formar a los responsables de las actividades de acción evangelizadora de la parroquia. Y, sobre todo, que las parroquias sean centros constantes de irradiación misionera no autosuficientes sino abiertos al arciprestazgo, a la vicaría y a la vida diocesana. Hagamos un esfuerzo por orientar las parroquias decididamente a la misión. Que no sean lugares cerrados de grupo, sino lugares y santuarios donde todos puedan beber y quienes quieran puedan entrar a beber. Todos los carismas, movimientos apostólicos, asociaciones, nuevos movimientos y comunidades deben tener cabida en la parroquia que es comunidad de comunidades.

44. Quiero hacer una mención especial a las parroquias llevadas por congregaciones, institutos religiosos o nuevas formas de vida consagrada. Es una gracia inmensa el que estén presentes en la vida de la diócesis. Y esa gracia tiene que manifestarse a través de la singularidad del carisma de quienes la dirigen, haciéndolo presente con palabras, pero también con obras en esa comunidad parroquial. Quiero decir que debe existir una expresión que refleje el carisma de quien está al cuidado de esa *fuentes*. Es verdad que la parroquia es una estructura de la Iglesia particular, pero si el obispo se la ha

encargado a la vida consagrada, debe verse en la vida de la parroquia la identidad de ese encargo. Sé que no es fácil, pero esto entra dentro de la especificidad carismática de la vida consagrada. En *Mutuae relationes* 11, se advertía de la necesidad de asegurar la identidad de la vida consagrada para evitar peligros de imprecisión en la inserción en la vida de la Iglesia. Que se manifieste lo propio del carisma es una gracia y una riqueza para la Iglesia.

45. ¡Qué importancia tienen todas las instituciones educativas promovidas o inspiradas por la Iglesia! En la crisis antropológica que estamos viviendo, es esencial la apuesta por una renovación de la humanidad desde instituciones educativas con proyecto que abarque todas las dimensiones de la persona. Hay que realizarlo con un impulso valiente y audaz, viviéndolo como una opción profética que debemos apoyar e impulsar todos los discípulos del Señor. Los resultados y la atención a los más necesitados harán valorar y respetar estas instituciones. En el proyecto educativo, Cristo es el fundamento, en quien todos los valores humanos encuentran su plena realización y su unidad. Jesucristo eleva y ennoblece a la persona humana, da valor a su existencia y constituye el perfecto ejemplo de vida. La libertad de enseñanza es un principio irrenunciable para la Iglesia y lo tiene que ser para toda la humanidad. Quienes eligen qué educación reciben los hijos son los padres que les han dado la vida y buscan los valores que estiman y que consideran imprescindibles⁵². Tenemos en Madrid todos los niveles de enseñanza, propios y de inspiración católica: infantil, primaria, secundaria, bachillerato, universidades y centros superiores.

46. Hemos de recordar las instituciones educativas, residencias de atención a los mayores, hospitales y clínicas y otras obras que, promovidas por la Iglesia, atienden a los niños, a los jóvenes y a las madres solteras que han sacado adelante su embarazo. También

⁵² Carta de los Derechos de la Familia, arts. 3 y 22

a las que se ocupan de los adultos con discapacidad o vulnerabilidad social, de los ancianos, de los enfermos o de las minorías étnicas y de los excarcelados. También contamos con institutos de vida consagrada que atienden a los más pobres y a los sintecho. Otros que cuidan a los enfermos en sus propias casas o son solidarios con quienes viven la dureza de las nuevas esclavitudes o los desplazamientos forzosos. Nuestro proyecto pastoral diocesano debe ser una respuesta consciente y eficaz para atender «con indicaciones programáticas concretas, objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios, que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura»⁵³. Será imposible realizar todo esto sin una conversión pastoral y una transformación misionera, las cuales son inviables sin una espiritualidad de comunión y participación: «proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades»⁵⁴.

⁵³ NMI 29

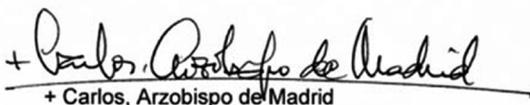
⁵⁴ NMI 43

CONCLUSIÓN

47. Al escribiros esta carta, mi intención es que todos los cristianos de nuestra querida Archidiócesis de Madrid tengáis un lugar común a través del cual veamos lo que el Señor nos está pidiendo en estos momentos. Que todos nos incorporemos con un corazón abierto a las tareas que el Papa Francisco, a través de sus encíclicas, exhortaciones y bula, nos sugiere. Que respondamos con prontitud y creatividad a los modos y las maneras en las que hoy tenemos que ser testigos de Jesucristo. Con mi carta os invito a que os incorporéis sin miedos ni reticencias a la tarea apasionante de llevar a todos «la alegría del Evangelio». Os voy a presentar un *Plan Diocesano de Evangelización*. Incorporaos a su realización. Sumaos con ilusión a su realización. Todos tenéis una palabra que decir. Tened por seguro que el Espíritu Santo actúa a través de vuestra vida. Con este plan, iremos haciendo cada año nuestro Plan de Pastoral, que será enriquecido por otras acciones. También yo os digo y os invito a que digáis: «Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos para que estéis unidos a nosotros»⁵⁵.

Pongo en manos de Nuestra Señora de la Almudena esta carta pastoral. Desea ser un instrumento para seguir pensando y una humilde ayuda para que continuéis mostrando y escribiendo con vuestra vida el rostro de Cristo y la bella imagen de la Iglesia.

Con gran afecto y mi bendición, en la fiesta de Nuestra Señora de la Asunción del año 2015,


+ Carlos, Arzobispo de Madrid

⁵⁵ 1 Jn 1, 3

ABREVIATURAS:

- ChL: Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles Laici*
- Co: Corintios
- Col: Colosenses
- CV: Carta encíclica *Caritas in veritate*
- Ef: Efesios
- EG: Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*
- EN: Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*
- GME: Discurso de apertura del Concilio Vaticano II *Gaudet Mater Ecclesia*
- GS: Constitución pastoral *Gaudium et spes*
- Jn: Juan
- Lc: Lucas
- LF: Carta encíclica *Lumen fidei*
- MV: Bula de convocatoria del Jubileo Extraordinario de la Misericordia *Misericordiae Vultus*
- NMI: Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*
- RH: Carta encíclica *Redemptor hominis*
- Rm: Romanos
- RM: Carta encíclica *Redemptoris missio*
- SS: Carta encíclica *Spe Salvi*
- UR: Decreto *Unitatis redintegratio*



Carta Pastoral del Arzobispo de Madrid
+ Carlos Osoro Sierra